

## Las tertulias literarias de Santa Fe

(De "La poesía en Colombia")

Lenta y calladamente, en los años de recogimiento colonial, se venía puliendo el alma de la raza. Iban los criollos a los colegios. Convenientemente escogidos o de contrabando, llegaban libros. Hacia 1738, imprenta. Y luégo, antes de finalizar el siglo XVIII, periodismo, teatro y biblioteca.

De suerte que, cuando sobrevino la intensa inquietud mental provocada por hechos tan sorprendentes para los colonos como la llegada de la Expedición Botánica, la intención de reformar el plan de estudios, las ideas de la Francia revolucionaria y la visita de Humbolt, se dieron en jugosa madurez frutos de selección.

La poesía, como en los tiempos anteriores, siguió igualmente desmedrada. El buen logro continuó siendo de la prosa, en ese momento una prosa científica clara, elegante y segura, manejada con perfecto señorío. A fines del siglo XVIII la poesía cayó bajo la influencia de la escuela pseudo-clásica e inútil pedirle cosa de significación, entregada como estaba en manos de imitadores que se adhirieron irrestrictamente a lo peor de dicha escuela. Quien quiera conocer a esos versificadores, que haga memoria de las tertulias santafereñas de la época.

Hallará en las noticias literarias de aquel tiempo a un animado grupo de jóvenes amaestrados en severas disciplinas, las mentes caldeadas por las nuevas ideas, en torno a la figura atrayente de Antonio Nariño, espíritu de distinción, político de penetrante visión, animador infatigable que encendía ideales de libertad, proponía medios para adquirir una variada y fácil información intelectual y dirigía magistralmente el buen gusto. Pero esta reunión, ante todo,

perseguía fines políticos; los versificadores iban a otras partes: bien a la llamada *Tertulia Eutrapélica*, dirigida por el cubano Manuel del Socorro Rodríguez, fundador del periodismo nacional y Director de la Real Biblioteca, resuelto corifeo de la literatura pseudo-clásica; ya a la del *Buen Gusto*, que se reunía en los salones de una dama literata. Por estas dos tertulias desfilaron los futuros cantores de la Patria, el elegíaco José María Gruesso, el jocosó José Angel Manrique y los amenos recitadores e improvisadores de ocasión en cuyos labios florecía la galanura, saltaba el epigrama o reventaba el chiste.

La Expedición Botánica, al propugnar por el estudio de las ciencias naturales, lo mismo que la influencia de los escritores franceses que imitaban las ideas de Rousseau sobre retorno a la naturaleza, descubrieron a los ojos de los letrados criollos el bello espectáculo del paisaje nativo tan largo tiempo inadvertido.

Y nada más impresionante que ese espectáculo nutrido de maravillas: selvas formidables, cordilleras y llanuras apertrechadas de numerosas y diversas perspectivas, ríos inmensos, fauna y flora de una profusión inverosímil. Todo lo que fue baldío antes, pues el español de la Conquista y el criollo de la Colonia luégo, tan cercanos al modelo de España, carecieron del sentimiento lírico del paisaje. En efecto, los españoles, al mirar el paisaje, lo hacían únicamente para catalogarlo, detallarlo y diseñarlo, desde un punto de vista objetivo. Nunca o muy poco, se emocionaban a su presencia. Los escritores castellanos —salvas restringidas excepciones— contemplaban el paisaje fríamente y como de pasada; le asignaban apenas una función secundaria, accidental; para ellos lo principal residía en la acción, los personajes, los discursos, las reflexiones morales. En su apreciación procedían igual a los maestros de la pintura clásica: el paisaje como un fondo lejano, escuetamente simplificado para que resaltaran en toda su integridad las figuras potentes, desbordantes de vida.

Correspondió, pues, a quienes iban a reclamar su papel como grupo social y político independiente, reclamar su pro-

pio paisaje. Gruesso busca a su desventura y dolor el sedante de los bosques:

*¡Oh bosquecillos de frondosos mayos  
románticos doquiera y hechiceros!  
¡Sombras amables del jardín silvestre  
y de los altos robles corpulentos!;*

emocionada es la descripción que del Salto de Tequendama y de nuestras selvas tropicales hace el sabio Caldas en aquella su prosa elegante, suelta y movida; Francisco Antonio Zea excita a la juventud a que abandone el escolasticismo y el peripatismo y se consagre al estudio de la naturaleza, consejo que él mismo pone en práctica; José María Duquesne, investigador del pasado muisca, evoca escenas de la vida campestre de aquella tribu en sus reconstrucciones literarias de fiestas y cosechas; Fernández Madrid, traductor de Delille e imitador de Chateaubriand, publica su *Oda a la noche*, poema impregnado de olores campestres; Rafael Alvarez Lozano dedica unos versos al tabaco y Andrés Marroquín compone su oda al chocolate.

CARLOS ARTURO CAPARROSO  
Profesor de Historia Antigua en  
el Colegio Mayor del Rosario.

